

Carne de miseria

Ahora me pregunto y no sé por qué, hoy, de pronto, cuando estábamos en la clase de lectura, la recordé y levanté mis ojos hacia el lugar vacío. Sigue el banco abandonado, solo; ya ella, mi pobre chiquilla, no volverá a ocuparlo. He sentido como si de allí saliera una bocanada de silencio, de un silencio de tumba que ha llenado mi alma de pena.

Mi libro, mis discípulas inclinadas sobre las suyas, el rumor agradable que formaban sus vocecitas, al confundirse, todo se extinguió para mí, ante aquel recuerdo que tan a menudo desciende y cae entre la sala como una lluvia de tristeza.

* * *

¡El día aquel!

Afuera el sol tan brillante, las montañas tan azulitas, el cielo tan puro y nosotras tan contentas. Yo reía y las pequeñas hacían coro.

—Hoy es un buen día —me decían—. ¡Qué ganas de trabajar!

De pronto entró Mencha, con su aire de triste triunfo, que tiene todo aquel que llega de primero con una noticia, por más dura que sea.

Me parece oírla, descargando como un puñetazo que atonta, la nueva triste.

—¡Murió Rosario!

Nadie contestó. Todas las cabezas se inclinaron agobiadas por aquel dolor.

En la sala reinaba una calma desconsoladora.

—Mejor que haya muerto —dijo una acercándose a mí—. ¡Estaba tan enferma!

Sus palabras cayeron entre aquel silencio y se perdieron en él.

Miré a mis discípulas. Todos los rostros estaban pensativos. Casi todas las cabecitas descansaban en las manos.

Volví los ojos al lugar abandonado, sobre el cual flotaría de aquel día en adelante la sombra de la muerte. La desoladora proce-
sión de miradas de mis discípulas siguió tras las mías. “Nunca más
la veremos aquí sentada”, dijeron aquellos ojos.

La que había sido su compañera estaba toda encogida en el
extremo del banco y miraba con recelo a su lado.

—¿Recuerdan —dijo una— tan pálida y flaca que estaba?

—Nunca jugaba —añadió otra—, siempre silenciosa y quietecita.
Nosotras la convidábamos, pero ella no quería. “No puedo —nos
decía—, se me doblan las piernas”.

¡Ah! ¡Sí, la pobre figura flacucha y triste! Aquella cabeza que
se abría como una flor de miseria entre las encantadoras cabecitas
rientes de sus compañeras, estaba ante mí con sus cabellos lacios
enmarcando el rostro amarillento y arrugado como el de una vieje-
cita; los ojos hundidos, mirando con su mirada apagada, cual dos
llamas que se concluyen; la boca entreabierta, de labios exangües,
enseñando los dientes amarillentos, largos, y las encías pálidas.

—¿Rosario, triste chiquilla, tu niñez se acabó sin que la mariposa
de la alegría hubiera venido a posarse sobre tu corazoncito!

Me parecía verla, en los ratos de recreo, apoyada en un árbol, mi-
rando con sus grandes ojos jugar a sus compañeras. A veces su rostro
se animaba, y sonreía al mirar algunas travesuras de las niñas.

—¿Por qué no juega, Rosario?

—No puedo. ¡Qué va!

Yo entonces sentía que me sublevaba contra alguien, contra la
naturaleza. ¡Qué triste era aquella caricatura de la niñez!

A menudo, en medio del silencio de la clase de escritura, reso-
naba su tosecita seca que la dejaba sin fuerzas. ¡Cuánto sufría yo
entonces al ver su rostro flaco, congestionado, mientras las maneci-
llas descarnadas y largas se agarraban ansiosas de la mesa!

Por fin, no había vuelto a la escuela.

La última vez que la vi, fue en la calle. Regresaba yo con mis
discípulas de un paseo. ¡Qué contentas estaban esas chiquillas,
corriendo y gritando por la polvorienta carretera! Rosario venía

con su madre. Todas la rodeamos. Yo sentí una inmensa pena al verla. "Pronto se nos va —pensé—, la enfermedad está ya acabando de comérsela".

El contraste hacía sentir deseos de llorar. Me pareció un pajarillo herido entre la bandada de los suyos que aleteaban y cantaban.

—Adiós —me dijo, con su voz débil, estrechando mi mano entre las suyas calenturientas.

Nos alejamos. Yo volví el rostro varias veces para mirarla. Jamás la olvidaré: claudicaba tras su madre... La figurita doliente se perdió a lo lejos...

* * *

Hasta aquel doloroso día en que el lugar vacío en un banco me decía con su lenguaje sin voz que su pequeña dueña dormía en el cementerio, no comprendí cuánto me eran queridas las chiquillas que tenía ante mí.

Mis ojos las acariciaron llenos de amor.

Primero a Graciela, la descamisadilla encantadora, con su faldita tan seria y su pequeña camisa que le dejaba los brazos y el cuello desnudos. ¡Pobrecita! Ese día su rostro picaresco estaba triste. Sus ojitos parlanchines, mudos...

Más allá, como un gironcillo de noche, la cabeza de Emily, la *chumequita*, como por cariño le dicen algunas veces sus compañeras, con la cara grave y los ojos húmedos, llenos de melancolía. Rosa, aquella morena liberiana, tan simpática, la más inteligente de todas, nos enseñaba como de costumbre la mazorca brillante de sus dientes blancos. No se oía la charla de pajarito de Clara ni las risitas sofocadas de Ana María. Todas... todas habían enmudecido. ¡El lugar vacío! ¡La compañera ida!

¡Fuimos a verla muerta!

En medio de la sala de paredes y techo ennegrecido, estaba el ataúd blanco y dentro de él, Rosario. Le habían puesto un vestido de una brillante tela que hacía más visible la tristeza de su rostro envejecido por la enfermedad. Ciñéndole la frente, tenía una

corona de rositas blancas. La luz amarillenta y temblorosa de una vela caía sobre la descarnada faz y hacía pasar sombras por ella.

La madre hablaba mucho, con un tono monótono, sobre la enfermedad de su hija. Su dolor no parecía muy grande. Era una mujer pálida, delgada; seguramente estaba muy enferma. El padre tenía el rostro hinchado y olía a alcohol. A un lado del ataúd jugaban los hermanos de Rosario anémicos, tan tristes como ella.

Yo sentí deseo de gritar a aquellos padres: ¿con qué derecho hacéis hijos así? ¿No veis que es carne con que se alimenta la miseria?

A través de la puerta abierta veía el cielo gris dejando caer sin cesar hilos de lluvia.

Yo pensaba obstinadamente: esta noche Rosario descansará bajo la tierra y la lluvia tecleará sobre ella su música monótona.

* * *

La campana sonó. Las niñas se levantaron riendo y jugando. Yo las miré salir, mientras mi pensamiento estaba en un rinconcito del cementerio, cubierto de brotes de hierba, bajo el cual descansa Rosario.

1911